



**Cuarto Azul** (2017) de Raquel Abend van Dalen. Caracas: Kalathos. 102 páginas.

Luis A. Álvarez Ayesterán

UCAB-UPEL-IPC. Docente del Departamento de Castellano del IPC.  
luisalfredoalvarez@gmail.com

Uno de los mitos, en el sentido aristotélico del término, más importante de la literatura occidental contemporánea surge a partir de la necesidad de fundar una narrativa que permita representar la catástrofe generada por el ejercicio de los totalitarismos de la primera mitad del siglo XX. Consideramos que la “novella” *El cuarto azul* de Raquel Abend van Dalen se alimenta de dicha tradición. Narrativa cuidadosa en la economía de un lenguaje sugerente, pero claro en sus pretensiones de representar la heterogeneidad de sus modos de ser y hacer. La historia cuenta el regreso de una anciana judía convertida en monja católica, Zofianka Kiésłowski, a ell pueblo natal para encontrarse en un cuarto azul con su antiguo amante. Sin embargo, el núcleo del argumento se centra en el intersticio de la espera. Allí se revela la memoria, mediante la retrospección, de lo significa para una judía polaca sobrevivir los primeros años de la post guerra. Experiencia trashumante, límite y desgarradora que como anotamos al inicio, responde una tradición que podemos sintetizar en tres categorías:

1. La memoria como poética: Después de la segunda guerra mundial y la caída del nazismo se hace imperioso reconfigurar la trama tradicional de la historia con el fin de registrar las experiencias de lo que significó no sólo el Holocausto, sino la vida común en tiempos de opresión como las experimentadas en el estalinismo. Como consecuencia de ello, surge una producción de nuevos discursos de la memoria y su consecuente hermenéutica. Discursos transfigurados en géneros capaces de armar identidades deshechas y revelar el dolor como protesta contra el olvido. El archivo de la memoria da paso, entonces, a nuevas formas de testificación y a una reflexión constante sobre las mismas formas. De ahí el nacimiento de una extraña pero inapelable nueva poética donde el testigo le urge hablar para armar su pasado y tratar de reconstruirse; aunque estetizar el dolor signifique objetivar los hechos como lo muestra la voz de la protagonista: Zofianka Kiéslowki no significa nada y sólo yo soy testigo. . más adelante señala la narradora: me relacionaba con ideas y personajes con los que no podía hacerlo dentro del mecanismo de intercambio verbal común como el que solía tener antes de la guerra. Intimaba con mentes con las que no era posible hacerlo en el mundo real.
2. La diáspora como epos: La dispersión como consecuencia de la alienación y enajenación del individuo en tiempos de opresión biopolítica se convierte en uno de los nuevos "mitemas" de la literatura. Este epos proyecta el viaje donde el pueblo o un individuo está obligado abandonar su patria o espacio de identidad y refundarse desde y con unos imaginarios ajenos, truncados, desdibujados. No hay otro término que lo defina mejor como el de la diáspora porque es la nominación que desde el desarraigo da sentido al arraigo. El pueblo judío es el paradigma de dicha nominación: ha hecho de la diáspora su emblema y el sentido épico de su identidad. Desde este punto de vista, la novela de Raquel tiene un sentido en la medida en que es parte de la representación del cuerpo de la diáspora y como expresa la narradora en tono: Se aprende a vivir con los animales perdidos a nuestro alrededor.

3. La estética del absurdo: reconstruir la memoria dispersa desde la dispersión ha permitido también acercarnos a nuevas formas de representación donde lo extraño es la mejor expresión de lo sufrido. Coherencia desde la incoherencia de lo que significa vivir en el absurdo. De ahí la importancia de mostrar las actividades nimias de la vida privada. Sobrevivir en tiempos donde se degrada la dignidad del hombre, hace de sus ejercicios normales (alimentar, descansar, acicalar, hablar, defecar, follar) actividades anormales por lo complejo y, a veces, por la imposibilidad de su realización. Lo absurdo adquiere entonces legitimidad estética. Consideramos que desde tal perspectiva se define la novela como: ... un espacio de crisis nerviosas y existenciales, cortándose, mezclándose, entretejiéndose.

Para finalizar este imperfecto acercamiento al texto de Raquel Abend van Dalen, no podemos dejar de proyectar la novela como espacio de la reconciliación. ¿Por qué representar la memoria de una experiencia marcada por “el luto y el dolor” de lo que nos desgarrar y desarraiga como individuo y como pueblo? Las respuestas pueden ser múltiples, pero la apostamos a que todo archivo de la memoria nos puede permitir reconciliarnos como seres humanos desde la facultad, humana demasiado humana, de producir belleza desde las peores experiencias de lo abyecto. El cuarto azul es ese espacio de reconciliación como el azul de aquella sugestiva película de Kieślowski, símbolo de la liberación. Sólo seremos libres de los espacios enclaustrados de la memoria cuando la dejamos libre en sus manifestaciones y la literatura, en potencia, es el mejor lugar para dicha sublimación. Porque en nuestro cuarto, nuestro azul: ... no existen los desaparecidos ni los muertos, todo es vida y las ventanas están hechas de vitral cerúleo, añil, cobalto, índigo, zafiro, marino azul de Prusia, es como si la luz del día y de la noche se cruzaran al mismo tiempo en el cuarto, o sea el tiempo y el espacio son uno solo o no son nada, porque todo es tenue y sin entidad real, y hay destellos, peces brillantes que nos siguen y desaparecen antes de que los toquemos, sí, puede que el cuarto dé vueltas, gire como un cubo arrastrado por la corriente y nosotros no sepamos a dónde nos lleva el agua, porque tampoco

---

importa mientras todo siga sostenido por la tensión azul, tan despiadada como lo que brota del centro del universo.